

Heidi y el Abuelito

Una hermosa mañana de junio, la joven Dete se encontraba transitando cuesta arriba por el tortuoso camino del monte que estaba en la población de Matenfeld.

El sendero tenía una inclinación muy pronunciada, pero el olor que desprendían las flores ubicadas en los densos pastos silvestres, los cuales crecían en la alta de la montaña, impregnaban el aire con un aroma delicioso.

En una de sus manos transportaba un tuitito y una changueta, en la otra llevaba la mano de una pequeña niña que no parecía superar los cinco años de edad.

La niña estaba roja como un tomate a causa del calor.

El día era bastante soleado, sin embargo, la habían vestido con un grueso abrigo, medias de lana, una bufanda color rojo y unas botas que parecían bastante pesadas.

Continuaron su marcha hasta que llegaron a la localidad de D rff, situada a medio camino. La joven detuvo el paso y la niña se tiró al suelo del cansancio.

"¿Estas agotada Heidi?" preguntó Dete.

"No, es el calor lo que me mataría" respondió la pequeña.

"Ya falta poco para llegar a casa del abuelo, si abargamos los pasos llegaremos más rápido".

En ese instante, una joven de bella
apariencia, salió corriendo de su hogar,
su nombre era Berta.

"¡Dada! ¿Qué haces aquí? ¿A dónde
vas con esa niña? ¿Acaso es tu
sobrina que te ha quedado a tu cargo
tras la muerte de tu madre?" dijo
Berta.

"En efecto, voy corriendo a tu casa de
mi tía, ya no puedo seguir cuidando de
ella, he conseguido trabajo en la
ciudad", dijo Dada.

"¿La dejarás a su cargo? Es una
locura! ¿Cómo piensas hacer tal cosa?
¿Ella está loca? ¿Cómo se va hacer
cargo de una niña? Es un verdadero
recluido en las montañas y apenas la
acompañan dos cabras.

Además, cuando vivía en pueblo usaba a todos con su grueso bastón. "No va siquiera a la iglesia!". decía Dete.

"¿Ya qué puede hacer? A fin de cuentas es su abuelo. Que se encargue él de la misa? No ya toca bastante por ahí!" = exclamó Dete.

Mientras la tía y la amiga subían el sendero de la montaña, Heidi, por su parte, se abajó saltando hasta adentrarse en una pradera verde.

Mientras vivía con su tía en la ciudad, no le dejaban salir a la calle a jugar. Ahora podía correr, saltar y divertirse bajo la luz del sol mientras se rodeaba de las flores del campo.

Cuando se dispuso a volver junto a su tía, Heidi divisó a un chico descalzo. Era bastante joven, sus pantalones

muy halagados y se encontraba resoplando por el calor mientras arreaba un rebaño de cabras. Heidi se acercó corriendo donde estaba él.

El joven se detuvo para que el rebaño pastoreara un momento en la frondosa hierba. Cuando Heidi llegó donde ellos, se sentó junto al rebaño mientras escuchaba el sonar de las campanas de latón, que se movían al son de la fresca brisa.

Heidi no pensó dos veces en quitarse el abrigo, la bufanda y las pesadas botas que le mantenaban.

"¿A cuántas cabras estás cuidando?" preguntaba Heidi al joven. "¿Cuáles son sus nombres? ¿A dónde vas con ellas? ¿A qué van?"

El joven sonrió. Era tantas las preguntas que hacía Heidi y tan seguidas unas de otras, que no le daba tiempo a responder. Fue entonces escuchó la voz de su tía gritando:

"Heidi! ¿Qué haces? ¿Qué hiciste con tu ropa?"

"Está aquí" respondió Heidi mientras señalaba su ropa sobre la hierba. "Falta mucho calor, por eso decidí que lo mejor era quitármela, además... ¡Las cubras no usan ropa!".

"Vuelve aquí cuanto antes, niña atolondrada" dijo su tía Dete. "Tú, Pedro, carga ese montón de ropa, ya que vas a casa del abuelo, hazme el favor de llevarla".

Era una larga marcha la que se necesitaba hacer para llegar al prado

que estaba en la más alta de las montañas. A lo lejos, comenzó a observarse la casa del abuelo, mientras el anciano fumaba su pipa sentada en la puerta.

Inseguida Heidi rompió la marcha con una carrera hasta donde estaba su abuelo.

"¡Hola abuelito!" dijo Heidi mientras levantó su mano.

"¿Qué es todo esto?" dijo el viejo. Con un movimiento brusco, estrechó la mano de Heidi, mientras la miraba por debajo de sus espesas cejas.

La niña jamás había visto un personaje tan singular como su abuelo, quedó sorprendida por su aspecto mientras miraba su arrugado rostro, el cual estaba cubierto por una barba blanca y erizada.

"Haha tío! Ya no puedo seguir
cuidando de Heidi, por eso te he traído
hasta aquí para que viva contigo"
Dijo Dete.

Los ojos del Abuelo comenzaron a
enrojecer, tanto que parecía que iban a
explotar.

"No te has parado a pensar que yo
no sé cuidar a una niña? Y tú, Pedro,
no te quedas mirando; hurgu de aquí
y llevate las cosas!"

Aunque su tío era interruidor, Dete
estaba decidida dejar a Heidi con él.

"Espero que cuides bien de tu niña y,
si no eres capaz de hacerlo, busca a
alguien que pueda".

El Abuelo estaba envuelto en ira.

"¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! No suporta a la gente como tú. ¡Marchate y no regreses jamás!"

Dete no vaciló en despedirse de la pequeña Heidi y partir con gran prisa. Cuando Dete se perdió en el horizonte, el abuelo volvió a sentarse para seguir fumando su pipa.

"¿Bien... ¿qué es lo que quieres?" preguntó a Heidi.

"Quiero conocer tu casa por dentro abuelito".

"¡Entonces en marcha, y no olvides traer tu ropa!"

"No es necesario abuelo, las cubras están por tu mandado todo el día sin usar ropa".

== "No te asus si no quieres, pero de igual forma te iba para guardarte en el armario".

Heidi fue obediente y entró a casa detrás de su abuela. Lo único que había dentro de la casa era una habitación amplia y vacía, una mesa, una silla y un gran armario de madera.

== "¿Duraba voy a dormir yo abuelita?".

== "En donde quieras, no importa".

A Heidi le emocionó la idea y entonces buscó un lugar donde poder dormir. En una esquina de la casa se topó con una escalera, subió y encontró un hueco.

En la pared había una ventana redonda, desde donde Heidi podía ver todo el valle. Se podía ver el río, los

árboles y al levantar la vista, una majestuosa montaña en la distancia coronada con nieve.

= "Creo que voy a dormir aquí arriba abuelita, este lugar es espléndido".

= "De acuerdo, pero vas a necesitar algo con lo que poder abrigarte, voy a ver qué consigo".

Al subir la escalera, el anciano vio que Heidi había creado un catchón con el hueso.

= "Así dormiré bien".

= "Vas a necesitar más hueso para no sentir el suelo" = dijo el abuelo.

= "Has olvidado algo abuelita".

= "¿El qué?".

= "¡Mis sabanas! Al dormir voy a necesitar cubrimiento, ¿no?".

= "¡Tienes razón, ¡te servirá está!"

Y entonces extendió un trozo grande de
tina sobre la carrita de hierro.

= "Te ha quedado muy bonita abuelita,
desen que se haga rápida de noche
para venir acostarse".

= "Me parece bien, pero antes de eso
dabas comer algo Heidi".

El abuelo bajó la escotera, justo detrás
de su nieta. Mientras él preparaba una
cerca para los dos, Heidi por su parte se
ocupaba de preparar la mesa.

= "Es gratificante ver que desenas
ayudarme" = murmuró el viejo abuelo

= "pero no tengo asientos para ti, tu
banqueta de ahí es muy baja y no vas
a llegar a la mesa".

Al final terminó por poner su propia
silla cerca mesa para Heidi. Le sirvió

un poco de leche en un vaso y le dio
pan con queso como cena.

Fue una cena maravillosa.

Una vez terminaron de cenar, el abuelo
fabricó una silla especial para la
pequeña Heidi. Al anochecer, se
escuchaba el silbido del viento que
resoplaba entre los envejecidos abetos.

Heidi escuchó aproximarse el
murmullo de unas campanas. Era
Pedro, quien trata de vuelta las dos
cabras del abuelo.

"¿Serán nuestras cabras abuelito?
¿Cómo se llaman? ¿van a vivir por
siempre con nosotros?"

"No preguntes tantas cosas así misera
tiempo. Esa de ahí se llama Blankita
y la otra Diana. Ahora va a buscar tu

vase mientras fuera su encargada de
arreglar la cabaña".

Mientras el sol se ponía detrás de la
montaña, el viento comenzaba a silbar
más fuerte entre los árboles. Heidi se
sentó frente a la casa de su abuelo y
comenzó a beber la leche.

"Que descanses Blanquita, duerme
bien Diara. Hasta mañana abuelito y
buenas noches Pedro".

La noche trajo un viento recio. Era tan
fuerte su soplo, que la vieja cabaña
crujía y resonaba.

De pronto cayeron dos raras de abeto
gigantescas sobre la casa.

El abuelo saltó corriendo de su cama,
creyendo que Heidi estaría aterrada.
Pero para su sorpresa al subir la
escalera, Heidi, con un estazo de

sonrisa y dulzura, seguía profundamente dormida mientras reposaba la cara de ludo sobre sus manitas.

El abuelo observó descansar a su nieta hasta que la luna fue eclipsada por las nubes.

— "Descansa pequeña Heidi" murmuró el anciano mientras se inclinaba para besar su frente.

Todo era nuevo para Heidi y el abuelo. Ella aprendió a andar a los animales, el campo y la naturaleza; incluso hizo amigos: Pedro, el pastor que todas las días llevaba las cabras a pastar.

Con el paso del tiempo, Dete volvió a recoger a Heidi para llevarse la a Frankfurt, ya que la adinerada familia Sessemann necesitaba alguien que pudiera hacerle compañía a la

pequeña clara, una joven puritana que estudiaba desde casa con maestros particulares y que no tenía contacto alguno con otros niños de su edad.

La vida que Heidi tenía en Frankfurt era muy distinta de la que tenía con su abuelo en el campo: gris, monótona y con un montón de reglas que ella no quería aprender, la cual era una de las causas de los conflictos tan frecuentes que tenía con la señorita Rottenmeir, la ama de llaves e institutriz de los Sesseneri.

Heidi y Clara rápidamente se hicieron buenas amigas, pero Heidi inevitablemente echaba mucha de menos su antiguo hogar. Tanto, que el padre de Clara tomó la decisión de mandar de vuelta a Heidi con su abuelo.

Mientras la pequeña había estado fuera, el abuelito comprendió lo que era la soledad, por lo que cuando esta regresó decidió bajarla al pueblo durante el invierno para que así la joven niña pudiera asistir a la escuela y así convivir con el resto de niños.

Entrada la primavera, unos meses después, Clara convenció a su padre para que la dejase ir a las montañas a visitar a Heidi.

Los cuidados del abuelito y Heidi además del contacto con la naturaleza, hicieron que Clara volviera a recobrar la confianza suficiente como para intentar caminar de nuevo.

Y así fue, finalmente, Clara pudo volver a caminar y con ello sorprender a su papá.

*Y así, así, así, así, así, así, así, así,
terminando.*